

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

19ª SEMANA DEL T.O. (9 de agosto de 2015)

Quien no está a favor de los pobres, nunca podrá creer en Dios. Tampoco el que se desentiende de la tierra.

VER



La recesión *no* se debe ni a los préstamos *subprime*, ni a la burbuja inmobiliaria. *No* se ha debido a la avaricia de Wall Street, ni a los “derivados” inteligentes amañados por el sistema financiero, ni si quiera la temeraria tendencia a la adquisición de préstamos desde prácticamente la totalidad de los sectores de la economía. Todos estos factores han jugado un papel, pero a lo sumo son causas que están más en la superficie.

¿Cuál sería la “**causa profunda**” de la actual crisis? El factor principal está en que **los salarios** (a partir de 1975 en adelante) **no han aumentado al mismo ritmo que la productividad**, cosa que si ocurrió desde la segunda guerra mundial hasta el año indicado anteriormente.

Con los salarios a la baja, ¿quién podría comprar un número de bienes siempre en ascenso? Sin duda, los ricos se

habían hecho mucho más ricos a lo largo del periodo pero su gasto no ha llegado ni de lejos a ser suficiente como para mantener la economía por el buen camino. También la gente corriente debía comprar más y más. Pero, ¿cómo? La respuesta es sencilla: mediante préstamos.

En efecto, *la clase capitalista en vez de aumentar los salarios de los trabajadores para que estos dispusieran de dinero para comprar los bienes que ellos producían, les estaban prestando el dinero.* (Se ha producido una estafa análoga con el Gobierno. Los ricos, en lugar de pagar los impuestos que cubrirían el gasto público, han *prestado dinero* al Gobierno, que este, por supuesto, debe devolver con intereses).

Este juego no podía seguir por mucho tiempo. Los consumidores sobre endeudados empezaron a incurrir en impago...

De modo que, en efecto, estamos ante una crisis, ¿cómo la resolvemos? Si suben los salarios, las empresas sencillamente se irán a otro sitio. Esa amenaza ha logrado contener los salarios todo este tiempo. Ahora vivimos en un mundo capitalista *globalizado*. Las recetas keynesianas –diseñadas en su día en unas economías nacionales relativamente contenidas– ya no funcionan.

Pero está, además, el problema de **la crisis ecológica**. Supongamos que volvemos a estimular el crecimiento de la economía global, y que somos capaces de mantener ese crecimiento (aceptemos esta increíble suposición). Semejante situación nos enfrentaría cara a cara con la crisis ecológica. Estamos *verdaderamente* agotando las fuentes de energía fósil,

esquilmando las costas y los bosques, emitiendo demasiado metano y monóxido de carbono a la atmósfera, haciendo un uso excesivo del agua corriente, etc., etc.

Por supuesto, habrá quien opine que podemos salir de esta crisis invirtiendo en tecnología verde, pero tal opción está bien para los cuentos de hadas. Las tecnologías verdes pueden ayudar. Pero a nadie que se tome esto en serio se le escapa que una solución a largo plazo requeriría un cambio del modelo económico hacia uno cuya salud no dependa del consumo en eterno crecimiento de las naciones ricas, consumo que además no nos hace más felices a los habitantes de esas naciones.

Estamos por tanto en una situación difícil. Quienes están preocupados por incrementar el empleo nos urgen a gastar, gastar y gastar, mientras los ecologistas contestan a gritos que nuestra adicción al consumo está acabando con el planeta. Ambas partes tienen razón. Es más, ambas desean alcanzar el mismo fin: una economía sana y estable, con pleno empleo y tan sostenible como para ser capaz de pisar ligera sobre nuestro frágil planeta. **¿Acaso no es esto lo que todos deseamos? ¿Qué dice la encíclica “Laudato Si”?**

*«La creación está gimiendo con dolores de parto
anhelando la manifestación de los hijos de Dios» (Rm 8, 19.22)*

Aquí estamos todos
cogidos por el miedo, por la crisis infame
de este sistema absurdo y ecocida, ciego
a toda alternativa de vida para el pobre
planeta moribundo... solo sabe de tumbas
este absurdo sistema
-la muerte es ya su único, emprendedor negocio con futuro...

Áridas tierras, pútridas aguas, irrespirables aires
-¡qué ajenos, tú y yo, al impacto social de nuestra absurda vida-
serán del lastimoso ser que nos herede.

Pido perdón al alimento que a mi mesa llega
producto de un sueldo miserable de una lejana tierra
donde el trabajador es nada, donde la vida es nada...
Tampoco a mí me dan un sueldo de justicia
y he de comprar “barato”, sabiendo que el sistema
por mi consumo existe, por mi consumo mata...

¡Qué absurda criatura somos, Dios!

*«¿Quién nos libraré de este sistema de muerte?
¡Demos gracias a Dios por Jesucristo!»*

EVANGELIO (Jn 6,41-51)

«Los judíos del régimen lo criticaban porque había dicho: “Yo soy el pan bajado del cielo”, y decían: –Pero ¿no es este Jesús, el hijo de José, de quien nosotros conocemos el padre y la madre? ¿Cómo dice ahora: “Estoy aquí bajado del cielo”? Replicó Jesús: –Dejaos de criticar entre vosotros. Nadie puede llegar hasta mí si el Padre que me mandó no tira de él, y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”; todo el que escucha al Padre y aprende se acerca a mí. No porque alguien haya visto personalmente al Padre, excepto el que procede de Dios; ése ha visto personalmente al Padre. Pues sí, os lo aseguro: El que cree posee vida definitiva. Yo soy el pan de la vida:

Vuestros padres comieron el maná en el desierto, pero murieron; éste es el pan que baja del cielo para comerlo y no morir. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come pan de éste vivirá para siempre. Pero además, el pan que yo voy a

Los dirigentes religiosos no aceptan la pretensión divina de Jesús. Y tienen un buen argumento a su favor: su origen humano, bien conocido.

La piedra de escándalo es, por tanto, la humanidad de Jesús. Los dirigentes religiosos creen que entre Dios y el hombre hay un abismo insalvable. Estos dirigentes desconocen el misterio de comunión del Dios de Jesús. ¿Cuántos, entre nosotros, piensan como estos dirigentes?

Jesús les hace ver “el error” en que están. En efecto, para acercarse a Jesús hay que hacerse discípulos del Padre. Este discipulado (al que Dios atrae) es condición *sine qua non* para reconocer en Jesús la expresión del amor del Padre a la humanidad. Pero estos “intelectuales” –*que no se interesan por el hombre*–, ni esperan ese don ni lo desean. La actividad de Jesús a favor de los oprimidos no los interpela, siendo el único criterio para entender quién es Jesús, su misión divina y la presencia del Padre en él.

Todo el que vea en Dios un aliado del hombre se sentirá atraído hacia Jesús. “*Todo el que escucha al Padre y aprende, se acerca a mí*”. No hace falta una experiencia de Dios fuera de lo ordinario (“*no porque alguien haya visto personalmente al Padre*”). A Israel le bastaba prestar atención a su antigua historia para comprender que Dios está por el hombre. Experiencia inmediata del Padre sólo la tiene Jesús. Nadie, ni Moisés ni los profetas, lo habían visto y, sin embargo, intentaron transmitir su voluntad. ¡Cuánto más Jesús, que conoce al Padre cara a cara, podrá ser el intérprete de Dios! Es más, él es el único que puede manifestar su designio sobre el hombre y establecer las condiciones para realizarlo.

Aquí es bueno meditar y llorar el abandono de la iglesia por parte del mundo obrero en el siglo XIX porque les habían hecho creer en un Dios opresor del hombre y contrario a su libertad: «a más Dios, menos hombre», se les decía.

Jesús, pues, ha respondido a los que lo criticaban, poniendo al descubierto el verdadero motivo de su incredulidad. No escuchan a Dios, porque no están a favor del hombre; por eso se oponen a Jesús.

“*El que cree posee vida definitiva*”. Meditemos sin prisa esta declaración solemne. Y luego esta: “*Yo soy el pan de la vida*”. La vida definitiva no indica solamente ni en primer lugar una duración indefinida, sino una *calidad nueva*. Asimilados a Jesús por la fe nuestra vida es para siempre la vida de Dios. Ningún maná puede dar esta clase de vida. Sólo la asimilación a Jesús (“pan que baja del cielo para comerlo y no morir”) otorga la vida definitiva.

¿Qué es asimilarse a Jesús? “Pensar, sentir, y amar como Él”. «Pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti».

“*El pan que yo voy a dar es mi carne, para que el mundo viva*”. No hay don del Espíritu donde no hay don de la “carne” eucarística. A través de ella, el don de Dios se hace concreto, histórico, adquiere realidad para el hombre. “La carne” (crucificada) de Jesús no es sólo el lugar donde Dios se hace presente (Jn 1,14), sino que se convierte en el don de Jesús al mundo, don total del amor del Padre (Jn 3,16). Es así una presencia que busca un encuentro, que es voluntad de comunicación por parte de Dios. Dios entabla esta comunión con el hombre en el plano humano, en Jesús y por su medio. ¡Ojalá nos deslumbrase, por fin, el misterio de la eucaristía!

La objeción de los dirigentes reflejaba el escándalo que provoca el Hombre-Dios. Mientras Dios pone todo su interés en acercarse al hombre y establecer comunión con él, éste tiende



continuamente a alejarlo de sí y de su mundo, situándolo en una esfera aparte y trascendente. Pero Dios quiere ser visto y tocado, entrar en el campo de la experiencia humana. **Y lo hace con Jesús y su sacramento salvífico de discípulos y pobres.**

– ¿Cómo meditas tú un texto evangélico como éste? Dios busca tu encuentro en la oración del corazón y en tu actividad a favor de los oprimidos...

– Subrayo del texto lo que me impacta, me desasosiega, me interpela, lo que no entiendo...

– Pero yo no he empezado a ser cristiano ahora. Tengo una trayectoria. Mi vida es un principio hermenéutico que me ayuda (o me impide) el captar el texto en su verdad. Lo vivido puede hacer que rechace aquello que el texto transparenta... ¡habría que cambiar tantas cosas...!

Animados, Señor, por tu palabra,
confortados con tu cuerpo y sangre,
queremos, Señor, trabajar por el evangelio,
para que sea buena noticia, que no buenas palabras.

Queremos hacer un mundo nuevo,
sin explotación económica, sin opresión política,
sin discriminación social, sin pobres,
ni ciudadanos de segunda, ni ricos ecodidas del planeta,
sin hambre, sin violencia, sin analfabetismo,
sin bombas, sin dictadores, ni gobiernos secuestrados,
ni instituciones internacionales serviles a sus amos sinvergüenzas...

Queremos trabajar sin desmayo
por un mundo distinto y en paz,
donde todos puedan vivir, donde dé gusto vivir.

Confiados en tu palabra, seguros en tu Espíritu,
nos ponemos en camino para seguirte,
aun a riesgo de morir en el empeño.

MEDITO

Hace tiempo que gritamos contando las fechorías de esta clase de capitalismo cretino o neoliberal; libros realmente interesantes se han escrito desentrañando su estupidez; incluso sermones 'divinos' hemos escuchado de obispos sensibles al mundo real... Verdaderamente se han dicho muchas cosas, cosas muy hermosas... ¡no podemos decir que no se hayan escrito y proclamado...! Pero todo sigue igual.

Y me pregunto: ¿realmente queremos que las cosas cambien? No lo creo. Con protestar, escribir, sermonear se dan/nos damos, no diré por satisfechos, pero sí por 'cumplidores' con nuestra conciencia ("siervos inútiles somos, hemos hecho lo que hemos podido, ¿qué más se podía hacer?"). Y así no se adelanta nada.

Hasta que no nos pongamos a la altura de Jesús no hay nada que hacer. Jesús no predicó el Reino, lo vivió. Jesús no se entretuvo en hacer cositas, en llenar los ratos libres... Jesús se dedicó enteramente, en cuerpo y alma, a hacer realidad el Reino.

Claro el objetivo final, claros los métodos, con un pequeño equipo, con un extenso grupo de simpatizantes... Jesús trajo la revolución del Reino. No fueron tiempos fáciles aquellos, la cosa acabó como acabó...

Y en ello andamos: claro el objetivo final, claros los métodos, con un pequeño equipo, con el grupo de simpatizantes... los tiempos tampoco son fáciles, la cosa está como está... Lo único diferente es que no somos aún Jesús. Y de eso se trata. ¿O no?